

espeso de zarzas, espinos y otras malezas que imposibilitaban su tránsito por el Sur hasta el mar que baña hasta el pié de la misma montaña y su circunferencia cinco leguas.

Parecia, Exmo. Sr., tocar lo imposible el logro de mis ideas; pero esperanzado en la constancia y valor de los señores oficiales y tropa, de que tantas pruebas me habian dado de uno y otro, me propuse dar principio á llenarlas.

En estas circunstancias, determiné fijar el cuartel general en el Ahuacatillo, donde dejando el campo á cargo del mayor Aviléz, me dirijí con 300 infantes de los batallones de Santo Domingo, Fernando VII, de línea, un piquete de la corona y Cataluña, con 60 caballos para Acapulco, con el objeto de reconocer aquella fortaleza, y para enterarme de la disposicion en que se presenta por aquella parte la montaña del Veladero. A esta operacion partí á las tres de la mañana del día 12 con las precauciones necesarias por el camino real, y á las seis me hallé en la cumbre de la cuesta de Acapulco, desde donde advertí que los bandidos con anticipacion habian embarazado el camino con árboles gruesos, en términos que fué necesario invertir el resto de la mañana para vencer dos leguas que me restaban hasta dicho pueblo, á pesar del taabajo con que toda la tropa empleó para separar los obstáculos y cortar los árboles hasta proporcionar sendero. A tiro de cañon de la fortaleza, recibí parte del comandante de la partida de descubierta que se habia posesionado del castillo, que estaba algo arruinado; la poblacion ardiendo, y sin verse persona alguna. A las once llegué á dicho fuerte y observé que sin embargo de lo mucho que discurrió el perverso Morelos para inutilizar su obra material, es de muy poca entidad el daño que consiguió hacer en él, y de poco costo

su compostura: la artillería que tenia, toda estaba clavada y atacada con balas y tacos embreados; las cureñas, puertas, puente levadizo y demas maderaje quemado, y la poblacion é iglesias ardiendo en llamas: no podria desentenderse el corazon mas duro, ni mirar con indiferencia aquel teatro de horror.

Al siguiente dia mandé salir una partida, dando orden á su comandante subiese hasta la cumbre de la montaña, situada en aquel frente, desde la cual dominaba la vista los puestos fortificados que habia en dicho Veladero, para que observase y me enterase de ellos, y de cuanto fuese digno de mi atencion: el resultado fué arreglado á las noticias que yo tenia, cuya relacion es una porcion de fortificaciones, que se protegian sus fuegos unas á otras, y en disposicion de sostenerse hasta la pérdida de la última.

Miéntas se efectuaba esta expedicion reconocí aquellas inmediaciones, y en el sitio que llaman la Quebrada hallé aun frescos los charcos de sangre de 21 prisioneros de los cuerpos de Asturias, Fernando VII, de línea y otros que habian sido degollados en él: lo mismo hicieron con 5 mas en el hospital y 34 en una de las barrancas inmediatas.

Llegó á tal extremo la crueldad de estos asesinos, que hasta un pasajero que por casualidad caminaba por el sitio donde se hizo el sacrificio, pagó con la vida tambien para que no publicase una atrocidad que no cabe en corazones humanos, y de que solo es capaz Morelos.

El día 14 se me presentó el sargento de Fernando VII de línea Manuel Carranco, que habia escapado de este trance milagrosamente y refugiándose en las profundas barrancas de Moginva, una legua distante de Acapulco, con algunas familias de esta desgraciada poblacion que tambien

se hallaban allí escondidas, por las cuales mandé una partida de tropa que las trajese.

Después que ya tuve conocimiento más exacto de la situación de Acapulco, Veladero y sus inmediaciones, determiné variarse de posición el mayor Aviléz con el resto de la división, trasladándose al pueblo de Tixtlancingo, con prevención de que allí recibiera mis órdenes, y yo con mi columna me dispuse á pasar sobre la costa de Zacatula, para lo que era necesario vencer dos puestos fortificados, que defendían el único camino que dirige á ella, uno en el sitio llamado el Bejuco, y el otro el pié de la Cuesta. Al efecto, salí de Acapulco el 15 á las cuatro y media de la mañana, y habría andado dos leguas cuando encontré con el primero, su posición era ventajosísima, tenían dos cañones, como 17 fusiles, y lo demás de su armamento, lanzas y machetes, y toda su guarnición ascendería á 70 ú 80 hombres. Apenas avistaron mi descubierta, dieron principio al fuego de cañones y fusiles con el mayor ardor. Este aumentaba el coraje de mis soldados, quienes á porfía avanzaron á la trinchera que fué abandonada, y quedé dueño del primer obstáculo: á continuación corrí para el ataque del segundo, que ya prevenidos por los fugados del primero, esperaban los enemigos con entusiasmo. En efecto, tenían robusto motivo para creerlo, pues esta posición estaba perfectamente situada por una fuerte trinchera: construida sobre una loma que daba vista al camino, y lo enfilaban dos cañones del calibre de á seis, fábrica del rey, guarnecida con cien fusileros, y otra más fuerte sostenía sus fuegos con dos culebrinas del calibre de á seis, tres cañones de á cuatro, éstos y aquellas también fábrica del rey, dos cañones de á cuatro de la de insurgentes con 200 hombres armados de fusiles, lanzas, machetes y

hondas, con cantidad de granadas de mano en ámbos fuertes.

Así que podían ofender sus tiros, rompieron los fuegos con una actividad increíble en su táctica, á metralla, en términos que parecía granizaban balas: mi valiente tropa, con desprecio del peligro, á toda carrera avanzó sobre las trincheras por su frente, único camino que proporcionaba el terreno, pues sobre mi izquierda y derecha de ellos está el mar, y el flanco opuesto apoyado á la gran montaña: media hora duró el combate, pero visto el tesón de mis soldados, y cuando ya se preparaban para el asalto se dispersaron y se ocultaron, parte en los bosques inmediatos, y parte se embarcaron en un número de canoas que tenían preparadas en la gran laguna de Coyuca, situada media hora de distancia á este puesto; se les persiguió, se mataron muchos, entre ellos un teniente coronel, se fusilaron cuatro con un teniente, después de preparados cristianamente, y quedó libre el paso á toda la costa. Los cañones quedaron en buen estado, perfectamente montados, cantidad de municiones, granadas de mano, número de fusiles y carabinas, según manifiesta la relación número 1; en los breñales por donde pudieron fugarse, á cubierto de su espesura, tiraron muchas armas, según declaraciones, que no fué posible hallar, y una corta provisión de víveres que se halló, mandé conducir á la plaza de Acapulco, donde dejé guarnición.

Concluida la acción y dadas las disposiciones convenientes permití una hora de descanso á la tropa, y después resolví marchar por la playa, sin embargo de lo ardiente del clima y hora de las doce, con dirección á Coyuca, cuyo pueblo llamaba mi atención, por encerrar algunas desgraciadas familias de Acapulco, que al abrigo de aquel bené-

merito cura Lic. D. Francisco Patiño, se habian refugiado y las consideraba expuestas á ser víctimas de los malvados é inhumanos que habian fugado.

En efecto, seguí mi marcha por aquel ardiente arenal el trecho de seis leguas de un piso flojo que no permitia fijar el pié con firmeza, y en consecuencia, se deja entender qué trabajo no sufriria esta tropa, que despues de haber marchado tres leguas y tener dos acciones, adelantaron otras seis mas por la calidad del terreno referido: no fué, pues, este solo el mérito que contrajo en este día, sino que habiendo inutilizado los enemigos la boca que llaman de Coyuca, fué necesario, para tomar el camino de este pueblo, vadear tres grandes lagos, uno de ellos que llegaba el agua sobre los pechos, de modo que para llegar á una hora de Coyuca, campé ya despues de anochecido.

El 16 á las diez de la mañana entré en este pueblo, en medio de aclamaciones y muestras de regocijo de todos sus habitantes.

Desde el día anterior habia escrito al mayor Aviléz, mandándole que sin detenerse en Tixtlancingo siguiese su marcha, y se situase en Egido viejo, dos leguas al N. del Veladero, lo que verificó.

El 18 mandé salir una fuerte partida de infantería remontada y caballería, á las órdenes del capitan de esta arma D. Juan Bautista Miota, á quien ordené se dirijiese á Teypan con la mayor rapidez, á fin de libertar á algunos prisioneros que tenian en el pueblo y sus inmediaciones, sorprender y aprehender á Morelos y otros rebeldes; pero este malvado, que ya su sombra le amedrenta, tuvo aviso habia yo abierto las puertas en que fijaba su seguridad, y marchaba hácia aquel destino en el mismo día que conseguí la toma del pié de la Cuesta, y en aquella noche ejecutó

su fuga, pero dejando la memoria mas horrorosa de su corazon impío, pues mandó ejecutar la muerte en mas de cien personas, degolladas la mayor parte dentro de la misma iglesia, despreciando el asilo sagrado de los católicos, cuyo respeto ha vulnerado ya esta fiera, y hubiera sacrificado á mas de 400 sino hubiera temido mi llegada. En efecto, la partida que despaché para este pueblo, libertó á muchos que debian ser muertos, entre ellos 150 prisioneros de Asturias, Fernando VII y de otros cuerpos, todo lo que explica en su parte el comandante de aquella partida D. Juan Bautista Miota, y remito á V. E. señalado con el número 2.

Aquel pueblo, segun por dicho parte se manifiesta, recibió con gozo inexplicable á la tropa, pues su alegría fué á proporcion de la afliccion y miseria en que Morelos los tenia sumergidos, recompensa que deben esperar los pueblos que tengan la desgracia de ser pisados por el mas sanguinario é irreligioso que se ha conocido.

El socio inseparable de Morelos, su mayor confidente, ejecutor fiel de sus rapiñas y demas maldades, el cabecilla Ignacio Ayala, que se titulaba mariscal de los bandidos, intendente general y juez de conquista, fué aprehendido en el pueblo de Petatlan cuando marchaba en fuga.

El 20 mandé salir de Coyuca toda la infantería y caballería que me restaba, á excepcion de una corta escolta, al cargo del capitan del batallon de Santo Domingo D. Carlos Moya, para que marchando para Tixtlancingo y Texca se situase en los Tepehuajes, punto inmediato al Veladero por el rumbo del Ahuacatillo, y en seguida salí yo con la escolta referida para el Egido viejo donde hallé á Aviléz.

En el siguiente día dí orden á este jefe para que con otra division de 250 hombres ocupase la salida ó camino

que va del Veladero para Texca y sierra de la Brea, quedándome yo con el resto de la division en el predicho Egido, con lo que quedaron cerrados los principales caminos de dicho Veladero, y cortados los conductos por donde podian recibir recursos.

Desde el 21 hasta el 27 del pasado Abril, mandé estrechar las distancias á las divisiones de Aviléz y Moya hasta ponerse á la vista de las fortificaciones enemigas, y yo hice lo mismo, trasladándome con mi campo al punto llamado Tlachicahuites, desde donde dictaba las providencias para la recoleccion de maices y víveres de subsistencia, tanto para la fuerza de toda mi division, como para la que pudiera incorporármese de la del mando del capitán D. Antonio Reguera, con quien contaba por haberle prevenido lo ejecutase en aquella fecha, y lograr poner cerco á la gavilla que se hallaba dentro, de modo que no escapase ninguno. Este plan no tuvo efecto, pues Reguera no vino, sin duda porque se le presentarían obstáculos que se lo impedirían; no obstante, en consideracion á la próxima estacion de lluvias, y haber advertido principiaban á enfermar de calenturas los soldados, resolví concluir mi expedicion con la toma del Veladero, á pesar de la poca fuerza con que me hallaba para cubrir las muchas veredas que facilitaban la comunicacion y fuga en caso apurado, principal objeto que fijaba mi atencion evitar.

En el interin lo disponia, no perdí de vista el cuidado de la partida que remití á Teypan, mandando órdenes al comandante de ella para extraer de aquel pueblo los efectos y demás intereses pertenecientes á insurgentes, constantes y que expresa la relacion número 3, á cuyo efecto mandé salir todas las mulas de la division para transportarlos á Acapulco, como se verificó aunque no en el todo.

Los enemigos no omitieron medio de conseguir alguna ventaja en su situacion, pues en la noche del 17 hicieron salida y atacaron al capitán D. Carlos Moya, comandante de la columna situada en el punto de los Cajones, pero el resultado fué ser rechazados y aun dispersados, tomándoles 16 fusiles que arrojaron despavoridos, muerto el capitán que mandaba el ataque llamado Gutierrez, de gran concepto entre los insurgentes.

Cansado ya mi sufrimiento resolví decidir el completo de mis ideas, y el día 4 del presente mes circulé las órdenes é instrucciones necesarias á los indicados comandantes Aviléz y Moya para la ejecucion del ataque, acompañándoles un croquis de aquellas fortificaciones, segun las noticias mas exactas que habia adquirido, y que en efecto salieron positivas.

No satisfechos los rebeldes de lo acontecido con Moya, intentaron probar fortuna, atacando á Aviléz en su posicion el 5, como lo verificaron, mandando en persona el rebelde mariscal Galiana, jefe principal de aquella gavilla, pero le sucedió lo mismo que cuando lo hicieron á Moya, bien que habiendo yo oido desde mi campo el fuego, acudí con una partida que llamándoles la atencion por los fuertes nombrados de Morelos y la Puerta que estaba sobre mi frente, hice reconcentrasen sus fuerzas sobre sus posiciones y prescindiesen de la tentativa sobre Aviléz, quien no obstante hizo un prisionero é hirió á varios, cuyo parte de este jefe se señala con el número 4.

En el mismo día 5 á la una del día mandé marchar al capitán del batallón de Fernando VII, de línea, D. Ignacio Ocampo, con la fuerza de 190 hombres de su cuerpo y batallón Mixto, con orden que subiese la montaña en que estaba establecido el fuerte de San Cristóbal, y se situase

á la espalda de éste para atacarlo á las cuatro de la madrugada del 6.

En seguida salí yo por la misma direccion que Ocampo con la compañía veterana de Acapulco, un piquete del batallón del Sur, y 30 dragones de San Luis desmontados, cuya total fuerza ascendía á 160 hombres: unos y otros empezaron á subir aquella asperísima montaña, todos pié á tierra. No es posible pintar á V. E. las peñas enormes y dificultades que tuve que vencer para encumbrar, pues era indispensable valerse de encadenar las manos mutuamente para adelantar con lentitud, de modo que aun ahora me parece incierto haberlo verificado.

Ocampo subió primero, inclinando su marcha sobre la derecha, yo lo hice de frente para situarme entre los fuertes de San Cristóbal y otro que está á la izquierda de este llamado la Purísima, como lo ejecuté poniéndome en disposicion de sostener las operaciones de Ocampo, de Aviléz, á de operar por mí solo, segun lo exigiesen las circunstancias.

Como todos los comandantes de columna estaban perfectamente instruidos de lo que debían ejecutar segun el plan que á cada uno remití, cuya copia va señalada con el número 5, no me quedó mas que concurrir á su ejecucion. Esta se convino de modo que involuntariamente se precipitase una hora antes á la prefijada, pero la efectuó dicho Ocampo con la celeridad y tino mas acertado, pues atacó, asaltó y tomó el referido fuerte de San Cristóbal, en el intermedio de diez minutos, haciéndose dueño de todo el recinto del Veladero; pues como dicho fuerte dominaba todos los demas, á continuacion de la toma de aquel, obligó al enemigo al abandono de todos, cuyo detall se manifiesta en el número 6, colmándose de gloria por esta bri-

llante accion, en que dió fin al coloso que parecia invulnerable.

Yo me incomodé cuando oí el fuego del indicado ataque, por ser la hora anticipada, pues preveía frustradas mis ideas de aprehender al cabecilla Galiana, por no permitir la obscuridad de la noche perseguirlo, no obstante que al efecto tenia situadas, ademas de las columnas predichas, partidas en las alturas del frente de Acapulco y Tlalchahuities, las que así que amaneció salieron por varios rumbos en persecucion de los prófugos, y aun consiguieron el alcance de muchos que fusilaron, presentando solo 4 ó 5 prisioneros; pero enterado de las circunstancias que mediaron, obró dicho Ocampo como debía al mejor éxito de la empresa y conservacion de la tropa.

En atencion al valor con que se habian comportado las tropas concedí el saqueo general de cuanto se hallase en aquel recinto, á excepcion de lo perteneciente á parque.

Galiana y demas cabecillas escaparon por las diferentes barrancas y breñales, con tal espanto y confusion que ni aun tuvieron lugar de recoger para llevarse mas que el vestido con que se encontraban, por lo que armas, caballos, monturas y equipajes todo quedó en sus habitaciones; solos y sin tropa alguna emprendieron la fuga.

La relacion número 7 manifiesta lo tomado en este punto tocante á parque.

Este ha sido el no pensado y nunca esperado fin del decantado Veladero, cuyas casas y fortificaciones he mandado demoler y entregar á las llamas, para que no quede mas que vestigios de que existió.

No hallo voces con que elogiar el mérito contraido por los señores oficiales y tropa que me han acompañado en esta expedicion, pues mi embarazo en esta parte solo pue-

de salvarlo con decir les asisten en tantas prendas militares sean necesarias para constituir el honroso nombre de grandes soldados; no obstante á cabido la suerte de acreditarse con distincion á las compañías de granaderos de Santo Domingo y Fernando VII, de línea, en la accion del 15 en el Pié de la Cuesta, y á todo el batallon de Fernando VII en el asalto del fuerte de San Cristóbal en el Veladero: nada, nada me han dejado que desear; la órden de ataque he visto con placer la han recibido todos con suma alegria, así es que á los rebeldes de este rumbo los aterra solo el nombre de las tropas del rey, á vista de que no habia guardida que su valor no haya puetrado.

La adjunta relacion número 8 presenta á V. E. los señores jefes, oficiales y tropa que se han distinguido altamente y con superioridad á los demas en toda la campaña.

Ya está cumplida enteramente la conquista del Sur; los enemigos de la tranquilidad que habia en ella han sido muertos, prisioneros y dispesados: están en nuestro poder todos los cañones, municiones y pertrechos de guerra que tenían; por todo lo que estamos constituidos á cantar gloria eterna al Dios de los ejércitos por la visible proteccion que nos dispensa, si atendemos á que una division de 1.000 hombres con socorros para veinte dias desde la salida de Chilpancingo (por no haber habido lugar para esperar los auxilios que V. E. habia puesto en marcha para protegerme) y víveres para un mes, haya consumado la grande obra de la reconquista del Sur, permaneciendo en él cincuenta y dos dias, asistiendo abundantemente á todos sus individuos y proporcionando ademas ventajas al Estado, sin el mas leve perjuicio al vecino honrado, y sin mas desgracia por nuestra parte que 16 heridos, de los cuales so-

lo uno ha muerto y otro que dejé de gravedad en Aca-pulco.

Dios guarde á V. E. muchos años. Chilpancingo, 25 de Mayo de 1814.—Exmo. Sr.—*José Gabriel de Armijo.*—
Exmo. Sr. Virey D. Felix María Calleja.

Bustamante hablando de los degüellos dice lo siguiente:

El hombre mas decidido contra la represalia de Morelos no podria menos de tachar de muy mas cruel á aquel Calleja, que se olvidó de los vínculos del paisanaje, muy apreciables y estrechos, en razon de la mayor distancia del lugar del nacimiento y los dejó inmolar á sangre fria por no ceder *un tanto* de su derecho. Contentábase Morelos con que á Matamoros se le mantuviése en una prision, con tal de que se le conserváse la vida.

¿Podria darse pretension mas moderada hecha á favor de un general que en la batalla del Palmar se puso de rodillas entre sus soldados y los españoles vencidos y derramando muchas lágrimas, les pidió que los perdonásen y salvó sus vidas? ¿No era digno este caudillo de salvar la suya? ¿Para cuando es la gratitud? Si la sangre se venga con la sangre ¿la vida no se perdonará por muchas vidas conservadas en el momento del furor? Respóndaseme á estas reflexiones y si me satisfaciere á ellas, yo me adunaré á los que traten de cruel á Morelos. Sobre estas razones se presentan otras de hecho que justifican la conducta de este general.

D. José María Avila sobrino del famoso D. Julian, sorprendió á D. José Eduardo de Cabadas, en el pueblo de Petatlan, porque habia tomado partido con los gachupines é intrigado contra Ayala, mérito por el cual lo hicieron

comandante de dicho pueblo. En la sorpresa que dió Avila tomó un cañon y catorce fusiles, é hizo prisioneros á Pedro Gabriel, á Jacinto Victoria á Cabadas y á Aniceto Mercado, todos los cuales fueron fusilados en el pueblo de Churumuco por D. Francisco Mongoy de órden de Morelos; mas Cabadas lo fué en el punto de los *Bordones*, donde se hallaba acampado. Cuando Cabadas murió estaba muy herido, pues se habia defendido muy briosamente.

Cuando Morelos llegó al pueblo de Coahuayutla y mandó decapitar á los diez y ocho prisioneros en Zacatula, de que hemos hablado, lo hizo porque estaban dispuestos á revolucionar. Cuando los arrastraron, un D. Márcos Martínez, reunido con los principales de Zacatula, aprisionó al teniente coronel Brizuelas, encargado de hacer el arresto de todos y armaron á los españoles que habia allí para pasar al dia siguiente á sorprender á Morelos en Coahuayutla: iba á verificarse este atentado, cuando D. Vicente Maza, uno de los convidados para la empresa, reunió cuatro hombres y con éstos y un tambor se hechó sobre los gachupines y libertó á los que ya habian apresado. Martínez logró fugarse con algunos y entonces Maza pasó á avisar al Sr. Morelos, del peligro de que lo habia librado: por tal motivo este jefe decretó la muerte de estos hombres y comisionó para su ejecucion á Brizuelas, confiriéndole el grado de teniente coronel, por cuya causa le llamaban el *verdugo*, cuya espantosa catadura lo denunciaba como tal; murió en el año de 1817 en las calles de Tehuacan, batiéndose con las tropas del batallon de Zamora, en la accion del 19 de Enero. El total de hombres que Maza presentó á Morelos era de sesenta: la empresa de aprehenderlos se encomendó desde un principio á dicho Maza y Mongoy, pero entonces no osaron realizarla. Dígaseme ya

si con tales hechos, todavia habrá valor para hechar en cara á Morelos la nota de atrocidad por esta medida ó si mas bien la llamaremos de precaucion que de venganza. *Militar y moderado*, parecen contradicciones (dice D. Manuel Vidaurri, hablando de la coronacion de Iturbide) sin embargo yo aseguro que Morelos lo fué muchas veces, y que conservó la vida en Cuautla á un hombre de cuya traicion estaba convencido: véase si nó la relacion del capitan Manso, en una de las cartas de segunda época. Volvámos ya al sitio del Veladero, comenzado en 2 de Abril de 1814.

Habiendo entrado Armijo en Acapulco, se presentó despues por el punto de *Caraballí* con aparato de vencedor, haciendo tocar una música marcial: de allí bajó al *Pié de la Cuesta*, embistiendo por dos puntos á saber: de frente por Acapulco y por el Egido ó llámase *Pié de la Cuesta*. Respondiósele con poco fuego, porque los americanos tenían poca gente. D. Juan Alvarez se retiró á los montes del pueblo de Coyuca y Montes de Oca al Veladero. Entonces tomó Armijo el cargamento que mandaba Ayala fuera de tiempo, que le vino bien para estrechar el sitio de *Tlachicahuite*, avanzando varios destacamentos, para cortar la retirada á Galeana. Uno marchó á la *Concepcion*, otro á *los Cajones* y otro al cerro de *Caraballí*. En esta sazón supo Galeana que Armijo habia destruido á Miota, para perseguir á Morelos por el rumbo del Tecpan. Galeana atacó el punto de *los Cajones*, se apoderó de él y mató algunos enemigos, solo perdió dos soldados y al capitan Gutierrez. Quiso hacer lo mismo al dia siguiente con el de la *Concepcion* y no lo pudo conseguir, porque lo habian reforzado. Al dia inmediato atacó Armijo por el punto de la *Puerta* y fué rechazado: dejó un indulto allí á Galeana, que no admitió. El hambre estrechaba á los sitia-